

FRANCISCO GARCÍA MARTÍNEZ

# Apócrifos, cuentos y microrrelatos de fe



**BAC**  
*Narrativa*

¿Y si los cuentos estuvieran más rebosantes de verdades que las disertaciones realistas más precisas? ¿Cómo? Solo ellos lo saben, tal vez [...] ¿Y si, a fin de cuentas, los cuentos fueran tan necesarios para nosotros como los árboles, las fuentes, las hierbas y las casas?

(H. GOUGAUD, *Cuentos impacientes por ser contados*  
[Sígueme, Salamanca 2025] 8)

En ocasiones me pregunto de dónde proceden las historias, y no tengo una respuesta clara. Mira, por una parte, sí que lo sé, porque siempre he vivido una vida de espía. Lo cuento en *Una historia de amor y oscuridad*. Yo escucho conversaciones ajenas, observo a personas desconocidas y, si estoy en la cola del ambulatorio, en una estación de tren o en un aeropuerto, jamás leo un periódico. En vez de eso, escucho hablar a la gente, robo fragmentos de conversaciones y los completo. O bien observo la ropa o los zapatos —los zapatos siempre me cuentan muchas cosas—. Observo a la gente. Escucho.

(A. Oz, *¿De qué está hecha una manzana? Conversaciones con Shira Hadad* [Siruela, Madrid 2019] 13-14).

## Apócrifo a modo de prólogo

No gustaba a todos cuando, de repente, con una pequeña historia de no más de un suspiro, descolocaba y recolocaba todas las piezas que habían ya descompuesto, analizado y colocado los más sabios. A veces, él mismo se sorprendía de la fuerza con la que el aliento de su voz hacía que todo fuera nuevo y a la vez antiguo, con una antigüedad tan profunda como la del mismo Dios.

No gustaba y, sin embargo, cuando se callaba ya nadie se atrevía a replicarle, pues no sabían respirar en aquella profundidad última de la que salían sus palabras, acostumbrados como estaban a bucear cerca de la superficie con conceptos tan aparatosos como las antiguas escafandras de los buzos.

Digo que no gustaba, pero muchos, los que no necesitaban tener siempre la última palabra, ni la primera, se sentían como en casa en el silencio que creaba su voz, aunque no pocas veces fuera incómodo volver luego a donde estaban.

Nunca dejó de caminar y nunca dejó de pronunciar palabras que eran tan profundas como el más hondo silencio, callando después y dejando silencios que eran más luminosos que las palabras más claras. Siempre caminaba dejando un rastro que solo conseguían seguir lo que estaban dispuestos a aprender de nuevo a hablar y a escuchar.

Uno le dijo: «Escribe esto que dices. Que no se pierda». Pero no lo hizo y, en secreto, le respondió: «Es si se escribe

cuando se pierde». Aun así, los suyos no se resistieron a poner por escrito sus palabras y sus silencios, y a intentar que los silencios que ellos mismos descubrían en las cosas se llenaran de alguna historia que les recordara su manera de ser.